

## Trabajo Final: *“Bitácora del viaje por la experiencia de ser docentes”*

Institución: Instituto Nuestra Señora de las Mercedes (Unquillo).

Integrantes: Jesica Ysasi - Carina Zanello- Silvia Ríos Leiva - Marcelo Ray

- **Practicantes / Observadoras**

**“Constatar qué calzado nos avala”** – Jesica Ysasi

*“Esperando que un mundo sea desenterrado por el lenguaje, alguien canta el lugar en que se forma el silencio. Luego comprobará que no porque se muestre furioso existe el mar, ni tampoco el mundo. Por eso cada palabra dice lo que dice y además más y otra cosa.”*

*“La palabra que sana”, Alejandra Pizarnik.*

*“...alguien canta el lugar en que se forma el silencio”*, las palabras de Pizarnik regresan a mi desde un viejo cuaderno que guardo desde la adolescencia, supongo que esa sensación de silencioso vacío es la de este instante previo al salto hacia la palabra, la incertidumbre misma en una hoja en blanco, lo no dicho en pugna por surgir con voz propia. Recupero esas instancias, las del silencio y reflexión íntima que preceden a la praxis.

Por su particular acontecer, mis observaciones y mi práctica docente tuvieron un amplio espacio de introspección, fundamentalmente porque al desarrollarse en la localidad de Unquillo, la hora de viaje matutino que semanalmente requirió el traslado, me puso frente a frente nada menos que con mi silencio. Larrosa lo recupera mejor que nadie del relato de Zambrano cuando describe de manera exquisita el extrañamiento que vivencia el docente antes de dictar su clase.

Mi experiencia añade a ese momento, el del silencio posterior a la práctica, el mismo que en el viaje de regreso me permitió indagar sobre lo que había acontecido en las clases observadas y las intervenciones que abordamos como grupo. Mis pensamientos en ese trayecto serpentearon, se detuvieron de pueblo en pueblo y se diluyeron de a ratos en el paisaje serrano, pero casi siempre volvieron a un punto recurrente, a lo que Melich llama la *“auténtica infinitud”* que nace de la posibilidad, o lo que es lo mismo, la inquietud por la educación posible.

En este merodeo por mis intencionalidades y limitaciones, fue potente la contradicción que vivencí entre dos contextos educativos tan opuestos como el observado en el ámbito privado y religioso de una población relativamente pequeña y el que me aguardaba en Córdoba a mi regreso. Ese otro, el mío, el espacio de intervención diario en el que intento adentrarme para habitarlo junto a jóvenes tildados de *“urbano-marginales”*. Ese otro, *“mi colegio”*, (tal como nos hemos descubierto entre los compañeros del profesorado nombrando afectuosamente el espacio laboral del que nos apropiamos), *“mi”* territorio de intervención, ése es el que problematizo de regreso a casa en el momento en que las comparaciones surgen solas, las diferencias se imponen por abismales y el reto, desdibujado, se pone una careta ridícula e intimidante. Entonces, algo de temor a lo imposible aflora y aflora como contracara de

una educación posible, como el opuesto en la últimamente tan nombrada educación prohibida: condiciones de educabilidad, posibilidades reales de acceso a la cultura, marginación, resentimiento, desesperanza, pobreza intelectual, falta de horizontes.

De lejos los nubarrones anticipan una tormenta y el aire se enrarece con la velocidad con que se arman los chaparrones serranos. El horizonte de mi práctica no está menos destemplado. Y entre la intemperie y la ventolera que anuncia que “algo” va a pasar, en ese intersticio, parada en la incertidumbre, estoy yo.

Presenciar el armado de la tormenta que se viene puede ser un ejercicio tan contemplativo como enriquecedor, un instante para decidir si se corre, se impermeabiliza el sentimiento, se acorta camino, se espera o si, simplemente después de constatar que calzado nos avala, se empieza a andar, esperando que las primeras gotas peguen en la cara y disfrutando de la llovizna que precede al instante de la siembra.

Y es en éste mano a mano con mi memoria, justo aquí, que recuerdo que la lluvia todavía no ha dejado de asombrarme.

### **Reflexiones finales**

Como la integrante del grupo de menor trayectoria frente al aula, la experiencia fue una inmensa oportunidad de aprendizaje y de intercambio con mis compañeros más experimentados, quienes con toda humildad y naturalmente sostuvieron mis intervenciones con sus aportes. Fue también la ocasión de disfrute ante la posibilidad de repensar contenidos propios de nuestra formación universitaria pero ya en clave pedagógica, una vuelta de tuerca a la temática comunicacional que nos permitiera, desde ese andamiaje teórico, realizar una transposición didáctica no sólo adecuada sino fundamentalmente crítica y democratizadora.

En cuanto a mi propia intervención, la posibilidad de contrastar mis debilidades, fortalezas y también mis dudas, el recibir los consejos y el aval de mis compañeros, sobre todo en lo concerniente al manejo de tiempos y a la interacción con el grupo, funcionó como un espejo de tres aristas, de tres miradas andamiantes, que me devolvieron una imagen propia de mi rol docente, aún en construcción, pero ya más nítida. Sin embargo, por sobre todo, lo que más huella me ha dejado de esta experiencia, ha sido mi propia voz surgiendo con matices que no conocía y que iré descubriendo en la travesía pero que, tal como me lo señalaron mis compañeros, se impuso en el aula con toda su potencia

- **Titular / Observador**

### **“Suspender el automatismo de la acción” – Marcelo Ray**

Recupero aquí, para comenzar mi relato, lo que escribí durante una clase del Taller de Práctica Docente III a partir de un fragmento de *“Poéticas del vacío”* de Hugo Mujica.

*“Al principio fue la ausencia: Probablemente, una de las cosas que más me conmovieron de la experiencia fue precisamente mi ausencia. Yo ya no estaba en mi lugar cotidiano, otros lo ocupaban. Mi voz ya no estaba, ni mis ideas, ni mi mirada. Otros estaban ahí y llenaban el silencio con sus voces, ideas y miradas.*

*Lo conmovedor fue que yo era testigo de eso y, además, me transformaba en ausente*

*por decisión propia.*

*Al principio me vi tentado por romper ese pacto implícito con los que ahora ocupaban mi lugar. Pero después comprendí que el juego proponía esas reglas a las cuales finalmente no me resistí.*

*Mi rol en el juego era el de la ausencia. Debía entrar a esa casa / aula para mirar la escena, descubrir los espejos en los que me podía reflejar y, finalmente, convertirme en un espejo para quienes ahora ocupaban mi lugar y mis sonidos.*

*En esa ausencia me sentí cómodo”.*

Decidí iniciar el relato desde aquí porque este ejercicio fue el que disparó mi pensamiento, motivó la reflexión sobre lo vivido, hizo que fuera consiente de la experiencia (en términos “¿larrosianos?”) como algo que me pasó en el que me expuse, corrí el riesgo y dejó huellas sobre mi superficie.

Soy docente desde hace un poco más de 15 años. Llegué a este territorio de libros, pizarrones y adolescentes por casualidad y necesidad. Por suerte, la escuela era un espacio familiar y conocido ya que transité allí toda mi infancia, adolescencia y juventud. Eso facilitó las cosas porque estaba como en mi segunda casa.

Al principio fue necesaria la ayuda de docentes “profesionales” y curtidos. Ellos me guiaron. Después, poco a poco, tomé vuelo propio, crecí en el oficio de enseñar, asumí un estilo, una forma de hacer y de decir.

Pero en todo ese tiempo nunca había sido observado ni tampoco había acompañado. Nunca había hecho la experiencia de *“suspender el automatismo de la acción, cultivar la atención y la delicadeza de abrir los ojos y los oídos, charlar sobre lo que nos pasa, aprender la lentitud, escuchar a los demás, cultivar el arte del encuentro, callar mucho, tener paciencia, darse tiempo y espacio”*

Ahora me doy cuenta que no fui consciente de eso cuando ofrecí mi espacio de trabajo como ámbito de práctica para mis compañeras del profesorado. Pero estoy satisfecho de haberlo hecho porque la experiencia abrió en mi nuevas miradas, pensamientos y sentimientos. Me interpela en lo que soy y en lo que quiero ser.

El primer día, cuando las compañeras llegaron, fue el momento de la presentación. Abrí para ellas el universo de mi escuela, el de mi aula y el de mis alumnos.

Ser observado no fue algo que particularmente me preocupó. Debo admitir, eso sí, que fui más cuidadoso en el momento de planificar las clases, preparar los materiales (algo que por lo general hago de manera más automática, “de oficio”).

Sin embargo, sentí curiosidad por el producto de la observación (¿Qué vieron, cómo?, ¿Qué valoraron de la escuela y de los alumnos?, ¿Qué destacaron de bueno y malo en mis clases, en mi estilo de ser profesor?). Las devoluciones hicieron que redimensionara algunos aspectos: la escuela es una institución que contiene, que a través de sus rituales (el saludo, la oración –aunque no me guste–) propone una identidad y un espacio donde alumnos y docentes pueden construir un lenguaje común de pertenencia; los alumnos son alegres, dispersos, activos, cuestionadores, respetuosos (“no puedo creer como te hacen caso” me dijo Jesica un día, algo que me causó mucha gracia pero también satisfacción); yo, como docente, no perdí la capacidad de la sorpresa, del oído atento, de la voz que diga algo (estos conceptos vertidos por mis compañeras de experiencia fueron un guiño, una caricia).

Pero cuando fui yo el observador, tal como dije al principio, no fue inicialmente una experiencia superficial. En este punto, viene a mí una frase de Paulo Freire: *“Mi práctica profesional (...) exige de mi un alto grado de responsabilidad ética (...) Es que*

*trabajo con personas*” . Dejar mi lugar de docente para pasar a ser observador y guía de mis compañeras ponía a prueba mi responsabilidad ética frente a mis alumnos (a quienes de algún modo los dejaba a cargo de otros docentes con otras miradas, saberes y estilos), a mis compañeras (que luego de la experiencia buscaban mi opinión, guía y sugerencias) y frente a los docentes del profesorado (que depositaron en mi la responsabilidad de coordinar la práctica de mis compañeras de estudio).

Una dimensión ética que, tal como lo expresa Larrosa, me puso en contacto *“con la incertidumbre, con lo inesperado, lo incierto, lo incómodo”*

Con el transcurso de las clases, lo incierto se volvió certeza, lo incómodo en comodidad. Mis compañeras y mis alumnos lograron construir un vínculo positivo, hicieron una buena experiencia. Sus voces tomaron sentido, se encontraron con las voces y los oídos de los otros. Para todos (y en el todos me incluyo) creo que fue una buena experiencia, una buena huella porque nuestra aula fue un *“lugar de encuentro, no sólo de los saberes, sino también de los cuerpos y los lenguajes”* .

Me pasaron cosas (y seguramente seguirán pasando) porque fui mirado y escuchado; porque miré y escuché a otros haciendo mi tarea cotidiana. Quedó cuestionado mi automatismo, se generó adrenalina. La experiencia me sacó de la calma propia de la rutina, me continúa movilizándolo sin tener todavía en claro hacia que dirección.

Finalmente, en relación al Taller de Práctica Docente III, debo decir que me hubiera gustado que la docente a cargo del grupo nos visitara en la escuela. No obstante, en cada clase y en cada mail intercambiado sentí la voz de Alejandra con su resonancia, sus arrugas y sus manchas, siempre cercana, atenta, oportuna y cómplice. Por eso, gracias.

### Reflexiones finales

A lo largo de la práctica fui espejo en el que otros se miraron y miré hacia el espejo de mis compañeros. Observé y me observaron, pregunté y me preguntaron. ¿Cómo me paro frente a aula?, ¿Cómo y hasta que punto interpeleo a mis alumnos?, ¿Cómo me vinculo con ellos?, ¿vale la pena el recorte de contenidos que hago?, ¿Y si pruebo con otros?, ¿Traiciono o soy fiel a mis principios, a mi ideología, a mi discurso? Y mas, y mas preguntas, circulan en el aire por estos días.

Sin embargo, mas allá de las preguntas, puedo decir que no hay un modo único de ser docente, no hay un molde, ni una receta. Hay miles de formas de serlo, lo importante es ser fiel a uno mismo, abrir el juego, defender la libertad, los sueños y las utopías. Las nuestras y la de los estudiantes.

Eso es lo que produjo el encuentro con otros compañeros, los que propiciaron la oportunidad de detenerme a pensar, a mirar, a escuchar, a desprenderme un poco de mis automatismos. Espero, sinceramente, que esta experiencia también haya sido significativa para ellos y para mis alumnos que, en definitiva, son los sujetos fundamentales e indispensables de este universo maravilloso de la educación.

Yo, por lo pronto, 15 años después del inicio de la tarea, seguiré rearmándome, repreguntándome, repensándome, revisándome como docente. Esta fue la huella dejada por esta experiencia y la que seguramente quedará marcada a fuego al final del profesorado.